

KENIA

PAIS NUMERO 35 DEL CONTINENTE AFRICANO

Por Eduardo HARO TECGLÉN

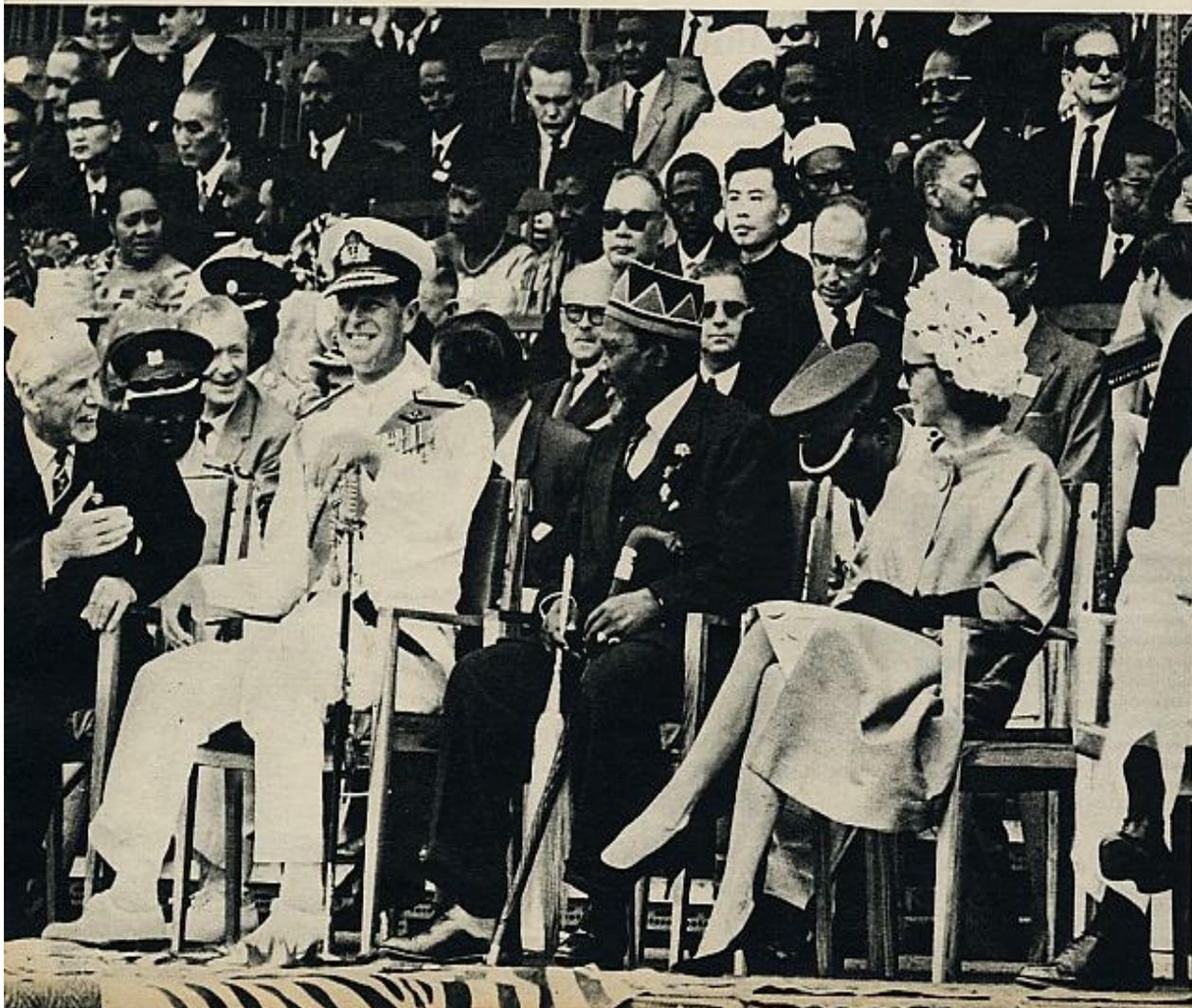
El duque de Edimburgo presenciaba impasible, flemático, la extraña escena. Frente a Jomo Kenyatta, tocado de un inverosímil gorro de colores, un gigantesco guerrero negro levantaba por los aires una espada, pronunciaba un discurso entrecortado en dialecto, luego arrojaba la espada al suelo y la pisaba. Jomo Kenyatta la recogía y se la volvía a entregar al guerrero. La ceremonia duró unos veinte minutos. Jomo Kenyatta preguntó al duque si quería que le presentase al jefe de los Mau-Mau, el mariscal

de Campo Mwariama. El duque contestó secamente: «No». Un alto funcionario británico se apresuró a matizar: «No parece que sea necesaria una tal presentación». El llamado mariscal de Campo, los otros cuatro generales del Mau-Mau —los títulos militares son evidentemente gratuitos— y los quinientos guerreros supervivientes de diez años de luchas perfectamente feroces estaban presentes en el día de la independencia de Kenia. Un nuevo país libre en el continente africano; el número 35 —el día antes había sido declarado independiente el pequeño Zanzibar—, comienza a gozar de todos los privilegios de la soberanía. Mwariama había levantado en alto su espada ante Kenyatta para mostrar el arma que sirvió para conquistar la independencia; luego la había arrojado al suelo para demostrar su sumisión al nuevo poder nacionalista. Kenyatta se la había devuelto para demostrarle su confianza... Y el duque había negado su mano al Mau-Mau porque los guerreros más feroces de África han derramado una importante cantidad de sangre británica.

mau-mau

TENEMOS unos resortes psicológicos en funcionamiento que nos llevan a condenar fácilmente, y sin apelación, las atrocidades africanas como si fueran privativas del continente. Unas vivencias de películas de la selva, de lecturas infantiles —y adultas—, de sensacionalismo periodístico —todo ello formando parte de una organización no casual—, nos hace ver inmediatamente, cuando se pronuncia la frase «guerrero negro», a un gigante medio desnudo degollando un niño. En cambio la palabra *alemán* sugiere un gordo señor con sombrero hávano y tirantes, bebiendo cerveza, comiendo salchichas, leyendo a Heine y escuchando a Beethoven. Todas las generalizaciones son injustas y sobre todo las tocantes a la ferocidad humana. Una reflexión pesimista nos hace ver que en este aspecto lo que llamamos civilización es sólo una medida técnica: la distancia que va entre la flecha untada con curare y la cámara de gas. Yo no juzgo, me niego a juzgar a los alemanes a partir del horror de sus campos de exterminación. Por el mismo proceso mental me niego a juzgar a la nueva nación africana por las atrocidades de los Mau-Mau. Que han sido espantosas. Escalofrío describir algunas de ellas. Por ejemplo: una mujer embarazada a la que abrieron el vientre y a la que colocaron en la boca el feto... Una lista oficial británica de los crímenes del Mau-Mau durante el período de estado de urgencia proclamado por el ejército señala 32 blancos asesinados, 57 muertos entre las tropas de represión y 1.740 negros asesinados por el Mau-Mau (por colaboracionismo o por violación del juramento que les ligaba a la secta). Los británicos son sinceros y admiten en la misma lista que durante dicho período ellos mismos mataron 11.500 guerreros Mau-Mau. Es evidente que la civilización de la ametralladora es más eficaz que la del cuchillo y la lanza. Por otra parte ciertos campos de concentración británicos en Kenia han adquirido trágica fama. Y los jueces de toga roja y peluca blanca han impuesto más penas de muerte que los hombres vestidos con piel de mono. Puede decirse que la lucha ha sido implacable. Los británicos han puesto en funcionamiento todas sus armas. Han llegado hasta la magia. Puesto que los Mau-Mau, en la profundidad

Esta ceremonia, presidida por el príncipe Felipe de Edimburgo, Jomo Kenyatta y el hasta ahora gobernador general Malcolm MacDonald y señora, significa para Kenia el comienzo del disfrute de todos los privilegios de la soberanía. La nueva etapa, abonada en su mayor parte por el Mau-Mau, se inicia con el mismo interrogante que ha presidido las anteriores emancipaciones de los países de África.



de la selva, exigían de sus adeptos un rito mágico, ellos también lo pedían a sus conversos. La ceremonia se solía hacer así: ante un alto funcionario blanco, el negro que se prestaba a la colaboración tenía que tragarse un ojo de cabrito y después introducir una varilla en cada uno de los orificios de una piedra de siete (representando cada uno de los orificios de la cabeza humana), al tiempo que declaraba: «Por este juramento me considero unido a la reina Isabel de la Gran Bretaña...» Finalmente, todo esto no ha servido de nada. Los Mau-Mau han ganado la guerra. Han ganado su independencia. Pero la semana pasada no había más que quinientos supervivientes —más los que pueda haber en la selva— en la ciudad de Nairobi, y el nuevo poder central representado por Jomo Kenyatta se desliga públicamente de los crímenes cometidos por los guerreros. Sin los cuales probablemente no habría independencia de Kenia. Las injustas páginas de la historia se suelen escribir con manos sucias.

jomo kenyatta

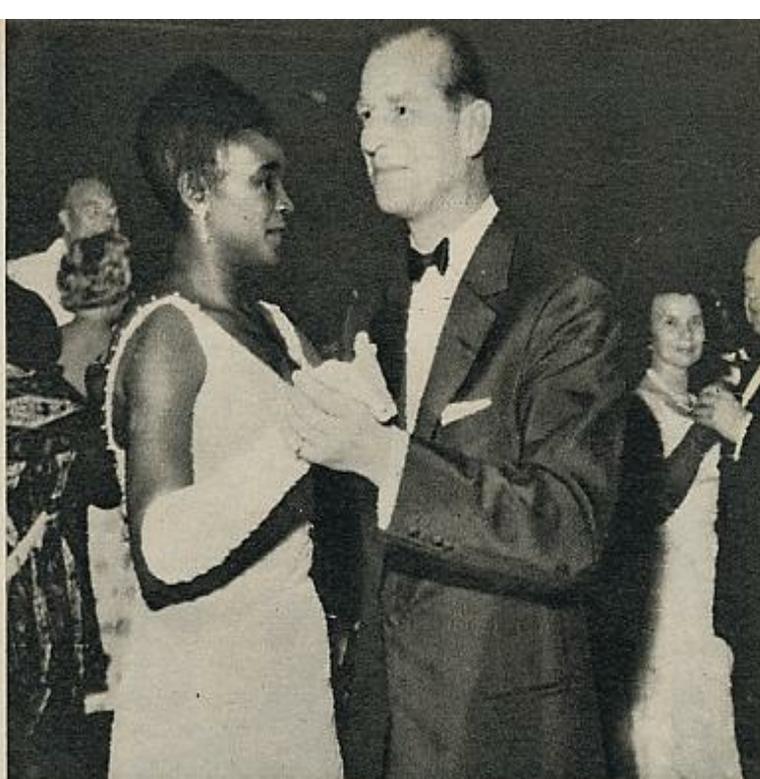
KENYATTA es un hombre con una leyenda. No se ha aclarado jamás si él mismo era el jefe secreto de los Mau-Mau o si su actividad ha sido exclusivamente política. Los británicos que ahora estrechan su mano y le entregan el poder le han ido acusando sucesivamente de todo, como es costumbre en estos casos. Como supuesto jefe del Mau-Mau estuvo condenado a siete años de trabajos forzados, y los cumplió. (Ha permanecido largo tiempo en el destierro.) Se le ha acusado de pro-comunista, de haber cursado estudios en una «escuela de terrorismo», situada supuestamente en Moscú; y lo que parece más cierto es que en Moscú estudió ciencias económicas en la Universidad. Se le ha acusado de magia, de brujería. Y se alude para ello a una tesis de doctorado hecha en Londres —y publicada después en numerosas ediciones, con el título «Prente al Monte Kenia»— en la que supuestamente defiende prácticas salvajes, o tenidas como salvajes: la citerotomía, la poligamia, los ritos de iniciación... Una lectura de su obra demuestra que esto no es cierto. Kenyatta describe las costumbres de su país y trata de explicarlas por el ambiente medio. Su tesis general es esta: si las tribus africanas siguen practicando estos ritos es por un atavismo de cuando Kenia era un país libre. «La oscuridad del pasado libre es mejor que la luz del presente cautivo.»

El presente cautivo fue duro para Kenia. El «Happy Valley», como llamaron los ingleses al de Nairobi, no fue solamente una colonización comercial, sino también aristocrática. A Kenia fueron enviados los regimientos británicos más selectos, y era el lugar preferido para invernar de muchos pares del reino. En las soberbias casas eduardianas y victorianas —relata «Newsweek»— reinaban los «bwannas», los amos. A los criados, los «boys», se les obligaba a ir descalzos en señal de sumisión, cuenta el escritor francés Favrod en su libro «Le poida de l'Afrique». Legalmente, por medio de la «Crown Land Ordinances —1915— la colonia de Kenia era propiedad de la Corona y sus habitantes se consideraban como «inquinillos» a disposición de su «arrendador». Hasta la colonización inglesa, las tribus vivían en régimen de comunidad: la tierra era propiedad tribal y sus bienes se repartían entre quienes la trabajaban. El sentimiento de usurpación era muy fuerte —y ha sido un sentimiento común a todos los pueblos africanos con respecto a los blancos—. En cuanto a los bienes de la civilización o del progreso apartados por los británicos era algo inaccesible para el negro, o sólo para el negro que aceptaba la ley de los blancos y se ponía frente a los intereses de su propio pueblo.

Jomo Kenyatta fue el primero en partir en lucha contra este estado de cosas. No se sabe por qué su tribu realizó una colecta para enviarle a estudiar a Europa: quizá porque advirtieron en él los rasgos del superdotado, que hasta aquel momento le habían servido para que los ingenieros ingleses de la compañía de aguas de Nairobi le emplearan en ir casa por casa anotando el consumo señalado por los contadores. Estuvo diecisiete años en Europa; cuando regresó, en 1946 —se supone que entonces tendría cincuenta y un años: se cree que nació en 1895, aunque él mismo ignora su fecha de nacimiento— fundó una serie de escuelas libres, y se convirtió en jefe de la oposición. Creó el partido de la Unión Africana de Kenia, y fue detenido en 1952: se le mantuvo en prisión hasta agosto de 1961. Ahora es el primer ministro del nuevo Estado.

kenia

EL nuevo —y viejísimo— país tiene ocho millones y medio de habitantes. De un ochenta a un noventa por ciento de ellos se dedican a la agricultura y al pastoreo; la industria apenas existe, y las exportaciones del país son de productos agrícolas. El turismo es una fuente importante de ingresos: hay expediciones de caza mayor en las laderas del Kilimanjaro. En numerosas carreteras de Kenia puede leerse este aviso: «Cuidado con los leones». Sobre esta economía van a notarse sin duda los efectos de la descolonización muy rápidamente. Kenyatta, con la experiencia de lo ocurrido en otros países africanos, ha insistido en dar garantías a los blancos para que no abandonen el país rápidamente. La desaparición repentina de los técnicos, el abandono de las tierras, podría ser catastrófico. Esto no evita que en estos momentos haya largas filas de espera en los consulados británicos: todo el mundo quiere tener el pasaporte en el bolsillo. Siempre son de temer repentinos movimientos de cólera retenida. Y se teme también, que pueda haber una serie de guerras tribales. Hasta ahora son los kikuyus —la tribu de Kenyatta— quienes dominan la escena política. Aunque el partido de unión africana quiere abarcar todas las tribus, está dominado por los kikuyus. La tribu Luo es su aliada momentánea. Este partido tiene 95 escaños en el nuevo Parlamento; frente a él está el de la Unión Africana Democrática de Kenia, con 28 escaños, reagrupando cerca de 40 pequeñas tribus. Este partido de oposición trata de que Kenia esté federada, manteniendo cada tribu cierta soberanía; por el contrario, el partido de Kenyatta es centralizador. En este momento todas las tribus se han reunido en torno a Kenyatta y han celebrado juntas la independencia. Todas han aceptado la nueva bandera, la inclusión en la Commonwealth británica, la creación de una Federación Este de África, junto a Uganda y Tanganyika, incluyendo probablemente a Zanzibar. No es fácil predecir si esta unión de ahora puede estallar dentro de algún tiempo.



El duque de Edimburgo, representante oficial de Su Majestad en las fiestas de la independencia de Kenia, baila durante una recepción con Pamela M'Boya, esposa del actual ministro de Justicia y probable sucesor de Kenyatta.

La frontera con Somalia ofrece un tercer problema a Kenia: unas fronteras mal definidas y unas tribus de somalíes nómadas que están atacando continuamente a los vecinos. Estas tribus comprenden unas 200.000 personas, de religión musulmana, que viven prácticamente sobre sus camellos en una región desértica, que administrativamente pertenece a Kenia, aunque esta inclusión en las fronteras de Kenia ha costado la ruptura de relaciones de Somalia con la Gran Bretaña y probablemente la decisión somalí de aceptar ayuda soviética. Se decía estos días en Nairobi que las tribus somalíes de la provincia Nordeste habían decidido rendir acatamiento a Kenyatta. La noticia es dudosa.

el elegante m'boya

SOBRE estos tres problemas esenciales de Kenia —economía, tribus y fronteras— pesa un cuarto problema: Jomo Kenyatta está viejo, y terriblemente gastado por la prisión y la lucha política. Si su naturaleza resiste bien unos años, puede crear una verdadera base nacional, unificar las tribus, negociar sus problemas con Somalia. Es un hombre unánimemente respetado y no sólo en Kenia, sino en toda África. Pero si él llega a faltar se abre un pavoroso problema de sucesión. Podría entonces realmente abrirse una lucha de tribus. Kenyatta tiene previsto un sucesor: Tom M'Boya, actual ministro de Justicia. Es un prooccidentalista conocido. No solamente en su ideario político, sino también en su vida diaria. M'Boya tiene un guardarropa con cien trajes hechos en Londres y en Roma, tiene una casa de colono y un coche Mercedes de lujo: es el polo opuesto al viejo Kenyatta, con su gorro de colorines y su lenguaje tribal. M'Boya podría ser primer ministro si Kenia evoluciona muy rápidamente; caso contrario, sus doctrinas occidentales no prenderían en el pueblo.

testigo de locura

EL mismo día de la independencia había fiesta en casa del coronel Grogan. El viejo «Grogan», famoso en el continente africano, no celebraba la independencia sino su ochenta y nueve cumpleaños. Ewart Scott Grogan es el más puro ejemplo de colonialista que haya existido nunca. Su doctrina —expuesta muchas veces— es la de que la colonización es un deber divino de las naciones que están en la vanguardia de la civilización.

Cuando nació Kenyatta, Grogan ya estaba en África, creando plantaciones y ganando libras esterlinas: su fortuna actual es inmensa. Grogan ha declarado ahora que no abandonará Kenia —sus hijos están haciendo ya preparativos para abandonar el país—, y, lo que es más, que no está decidido a morir: quiere ser «testigo de la locura». Este profeta de la desgracia está convencido de que la independencia va a conducir a Kenia y a los demás países africanos a los abismos de la prehistoria, que todo el continente será un mar de sangre...

Esta profecía es dudosa. Es posible que «Grogan» viva muchos años aún, y que estos años le permitan ver, para su gozo personal, sangre y caos en Kenia y en otros países africanos. Muchas personas consideran que los países africanos tienen que pasar por estas etapas inevitables porque son etapas históricas que han ido sufriendo también los países europeos y americanos hasta la consolidación de sus nacionalidades. Sin embargo parece que hasta ahora las crisis africanas se van resolviendo de una manera relativamente pacífica, salvo alguna excepción como la del Congo ex belga —y se sabe bien que no fueron precisamente los congoleños los culpables directos de lo que ocurrió en su país— y las de la difícil zona afro-asiática de los países árabes.